

LA BIBLIOTECA NACIONAL

Daniel Cosío Villegas*

Quizás no sea ajeno a los fines de esta revista examinar alguna vez los problemas mayores de la Universidad. En ese supuesto, sólo me queda presentar la excusa: soy hijo de la Universidad y le serví durante 25 años continuos sin recompensa especial ninguna; pero me separé de ella hace diez, y no aspiro a volver; soy, pues, un hijo emancipado; la quiero, mas puedo juzgarla a distancia.

La Biblioteca Nacional fue clausurada hace ya 20 meses. Jamás hubo una explicación oficial del cierre, si bien se creyó que lo imponía el traslado a la Ciudad Universitaria: de febrero a agosto se haría la mudanza; en septiembre, la instalación, y el 12 de octubre de 1952, a los acordes del himno nacional, se abriría de nuevo. La falla de estos planes fue tan rotunda y tan palpable, que se creyó necesario decir que las condiciones verdaderamente ruinosas de San Agustín impusieron la clausura. La verdad –sospechada, no sabida– es que faltaron de seis a diez millones de pesos para alcanzar la meta ambicionada.

La clausura ha hecho un daño incalculable al lector y al investigador, pero no menor a la autoridad moral y al prestigio de la Universidad. Y sin embargo, fiel al refrán popular, el mal ha traído consigo un bien: en el público y en el gobierno ha nacido ya la convicción de que la Biblioteca Nacional no puede ni debe pertenecer a la Universidad. Si la propiedad (la moral más que la jurídica) fuera tan cristalina como el agua, los únicos con derecho a protestar contra la clausura serían los universitarios; pero quien lo hace, sorda, calladamente, como se expresa siempre todo resentimiento, es el ciudadano común y corriente. Su resentimiento nace, por una parte, de ser él (y no el universitario) el verdadero lector de la biblioteca, y, por otra, de juzgarse dueño de ella, de una biblioteca que no en balde se sigue llamando nacional y que jamás se ha llamado universitaria.

Así, sin quererlo, se ha planteado el problema de la Biblioteca Nacional: pertenece a la Universidad jurídicamente (aun cuando de un modo muy precario, pues el Congreso puede modificar una ley en cinco brevísimos minutos); la Universidad puede, pues, cerrarla, abrirla, plantarla en el Pedregal, venderla o incendiarla; pero, como todo organismo social importante, y de vida indefinida, la Universidad depende, en un grado que no parece siquiera sospechar, de la simpatía,

* *Universidad de México,*
noviembre de 1953

de la buena voluntad pública nacional. Y si ésta llega a condenarla con decisión, la Universidad no podrá vivir tranquila, y quizás no pueda vivir del todo. En el caso concreto que interesa, parece ya claro que la Universidad no podrá acarrear impunemente la biblioteca al Pedregal. Por otro lado, le pertenece, pues una de las fuentes innegables del derecho es la estupidez parlamentaria, y el Congreso mexicano se la dio por una ley; mucho más importante todavía, nadie podría imaginarla sin una gran biblioteca, y mucho menos todavía esa universidad ideal que imaginamos y anhelamos que resurja, cual ave fénix, de la ceniza volcánica del Pedregal. Aun si el Ejecutivo federal, plenamente consciente del problema, quisiera rescatar para la nación la Biblioteca Nacional, no podría arrebatarla impunemente a la Universidad, primero, porque de hecho y de derecho le pertenece, y segundo, porque la dejaría sin una de sus entrañas vitales.

Principia a entenderse que el problema de fondo es quién, la Universidad o el Estado, puede hacer de la Biblioteca Nacional un instrumento de cultura más eficaz. Si así se entendiera, no puede haber la menor duda de que la Universidad es impotente para lograrlo y el Estado es todopoderoso. Los mexicanos sospechamos que la Biblioteca Nacional es, con mucho, la más rica del país, mejor que todas las bibliotecas oficiales juntas y superior a todas las privadas acumuladas; pero me temo muchísimo que el día en que esté instalada, cuando puedan recorrerse uno a uno sus estantes, se la tenga clasificada y su catálogo sufra la prueba diaria del estudio y la investigación; me temo mucho que ese día se descubra uno de los fraudes más colosales de la historia cultural de un pueblo. Se podrá medir entonces el peso abrumador que en ella tienen los libros teológicos, de escaso interés inmediato; se verá cómo ha sido saqueada una y mil veces por los más encumbrados eruditos mexicanos; se advertirá que poquísimas de sus publicaciones en serie están completas; en fin, se verá que los libros más recientes son de 1900. Es decir, la impresión final será de honda, incalculable decepción, pues, por la primera vez, se verá y medirá, no lo que la biblioteca tiene, sino aquello de que carece.

Rehabilitarla hasta hacerla realmente útil, requerirá largo tiempo, gran constancia y mucho dinero. La Universidad no tiene tiempo, la constancia no ha sido una de sus prendas más visibles y es conmovedora su indigencia; en cambio al Estado puede darle alguna vez la ventolera de pensar en la Biblioteca Nacional; quizás esa racha afortunada lo lleve hasta nombrar autoridades tesoneras que la dirijan, y, ciertamente, el Estado tiene muchísimo dinero, todo el dinero nacional. En suma, mientras que la Universidad jamás podrá rehabilitar la Biblioteca Nacional, el Estado puede hacerlo alguna vez.



Hay, me parece, una solución justa, equitativa y llevadera a este grave problema. El Estado compra la Biblioteca Nacional a la Universidad por una suma convencional, digamos, de 20 millones de pesos, a pagar, pongo por caso, en diez anualidades. Con ella, la Universidad puede adquirir una biblioteca moderna, adecuada a sus exigencias y sin el enorme peso muerto de todas las cosas viejas; y el Estado rescata

para la nación un bien nacional, y, claro, se dedica a rectificar tanto abandono y tanto latrocinio de que ha sido víctima una institución que ha debido ser considerada por el pueblo y por el gobierno como un tesoro. ■



Los peatones pasean por Ciudad Universitaria sin temor a encontrarse con vehículos motorizados. Aquí se observa la pasarela entre dos edificios pertenecientes a la Escuela de Ingeniería. Foto: Úrsula Bernath, 1958